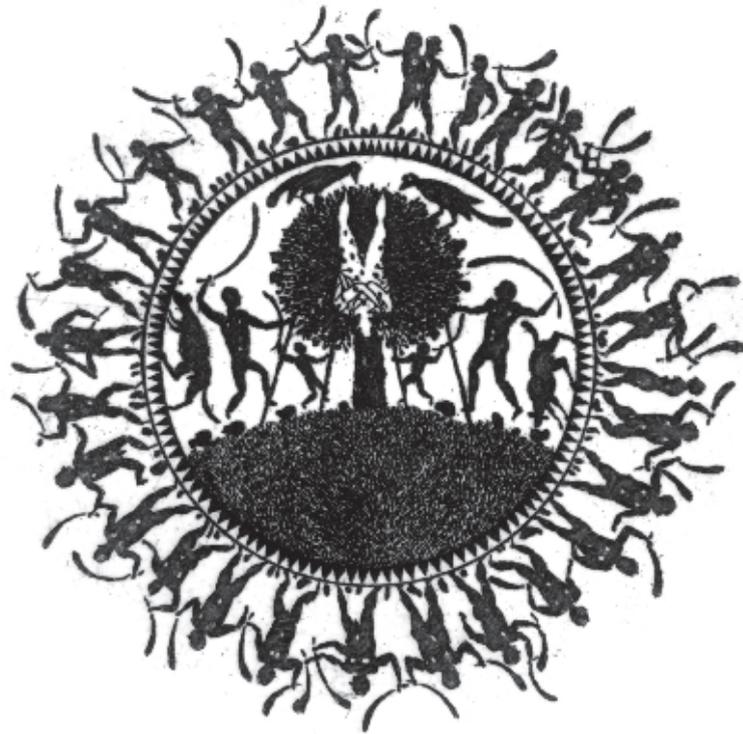
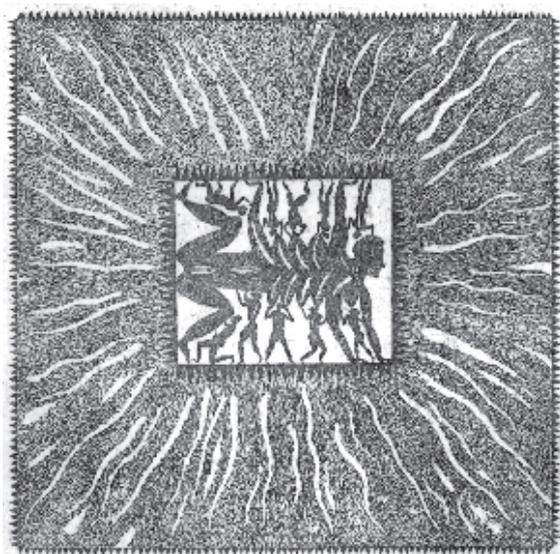


III. VISLUMBRES DESDE LA CLÍNICA





Réquiem por una nueva pulsión*

PIO EDUARDO SANMIGUEL ARDILA**

Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

Réquiem por una nueva pulsión

Requiem for a new drive

Réquiem pour une nouvelle pulsion

Resumen

El último y fundamental cobijo contra la caída de todo límite que exige el “goza sin límites” de nuestro tiempo es, no el padre sino el carácter parcial de todo goce cuando necesariamente se inscribe en el libreto al que lo constriñe el fantasma. La toxicomanía de estos días permite adelantar que los objetos de consumo no son sólo imaginarios sino antes bien reales, lo cual empuja a la aparición de un inédito hueco en lo real, que busca hacer nacer una nueva pulsión que pueda poner un dique a la demanda del Otro, construyendo una pervisión inédita, valga decir, una nueva forma de establecer relaciones filiales, parentales y de amor. Corolario –siguiendo al pie de la letra la película de Aronofsky–: *Réquiem*.

Palabras clave: pulsión parcial, goce ilimitado, fantasma, síntoma, toxicomanía, dolor

Abstract

The final and fundamental safeguard against the collapse of all limit that imposes *jouissance* without restriction in our era, is not the father but the partial character of all *jouissance* as it must be restricted to the script of fantasy. The addictions of our days allow us to sustain that the objects of use are not only imaginary but indeed quite real, which leads to the emergence of an unprecedented gap in the real that attempts to give birth to a new drive that can check the demand of the Other, thus creating an unheard of perversion, that is to say a new way of establishing filial, parental and love relationships. Corollary, literally following Aronofsky's film: *Requiem*.

Keywords: partial drive, *jouissance* without limit, fantasy, symptom, addiction, pain.

Résumé

Le refuge ultime et fondamental contre le déclin de toute limite que l'injonction de notre temps « jouis sans limite » exige, n'est pas le père mais le caractère partiel de toute *jouissance*, lorsqu'elle s'inscrit nécessairement dans un scénario que le fantasme impose. De nos jours, la toxicomanie permet d'avancer que les objets de consommation ne sont pas seulement imaginaires mais bien réels, ce qui pousse à l'apparition d'un trou inédit dans le réel, qui cherche à faire naître une nouvelle pulsion qui puisse mettre fin à la demande de l'Autre, et constitue par là une perversion inédite, c'est-à-dire, une nouvelle forme d'instauration des relations filiales, parentales et d'amour. Corollaire –en suivant au pied de la lettre le film d'Aronofsky–: *Réquiem*.

Mots clés : pulsion partielle, jouissance sans limites, fantasme, symptôme, toxicomanie, douleur



* Texto vinculado a la investigación “Violencia en el lazo social”, código DIB 805188.

** e-mail: pesanmiguela@unal.edu.co

En el camino a Florida, en busca de la tan valorizada heroína que interrumpiera la progresiva desintegración del mundo que habían logrado construir, el espectador de *Réquiem por un sueño*¹ es enfrentado brutalmente al orificio en el brazo de Harry. ¿En qué radica que dicho vistazo arranque una voz de horror en el desprevenido espectador sin embargo lentamente preparado para algo así, y hasta una ahogada sensación de dolor y desorganización corporal en quien haya repasado la escena una y otra vez? El transcurrir de la película había insinuado y presentado poco antes el necrosado progresivo, acompañado de dolor, que exige no llamarse a engaños: lo que despierta tan enconada reacción nada tiene que ver con la carne putrefacta y poco con el dolor que transitoriamente puede sin embargo llegarse a experimentar. Es, más radicalmente, la presentación de un nuevo agujero para el goce, perfectamente delimitado, hecho borde a la medida del objeto que le falta, único e irremplazable ya en el cuerpo de Harry. Hacía pocos días que esto había empezado, le responde a Ty, como si solamente la escasez y ausencia de un objeto hubiese hecho aparecer un borde en el cuerpo.

¿Asistimos entonces a la emergencia de una nueva organización pulsional que habremos de agregar en adelante a las series freudiana y lacaniana; a un inédito enlace del sujeto con el Otro, no ya oral ni anal, escópico ni invocante, que habría logrado abrirse paso de manera cierta y contundente hasta poder inscribir en el cuerpo, hasta lograr hacerse cuerpo en la carne, hasta encarnarse entonces, y que permitiría, ahora sí, hablar del objeto droga en tanto que objeto perdido? Asistir a un réquiem es, no obstante, enteramente diferente a celebrar un nacimiento².

A la inyectable heroína, ningún agujero la espera, en principio. Por eso, más que afortunada, esta elección es irremplazable en *Réquiem* para entender que no conviene intentar apelar muy de prisa a la rejilla de los agujeros pulsionales de pleno derecho, a riesgo de opacar el tinte más agudo de la reflexión. Y, en consecuencia, nos advierte también que el mismo cuidado hay que tener con la ingestión de anfetaminas de Sara Goldfarb, ingestión de pastillas que no se compara por ello con su gusto por la comida. Tampoco el goce fálico-anal-oral-escópico-invocante, convocatoria de todos los goces pulsionales a que termina sometida Marion, se explica como la suma o mezcla pulsional. Hay algo que no termina de encajar de esa manera.

¹ Se trata de la película de Darren Aronofsky, basada en la novela homónima de Hubert Selby Jr. Libreto de Hubert Selby Jr. y Darren Aronofsky, 2000.

² Una buena película es material clínico en donde depositar la confianza que permite pensar; pensar en este caso sobre lo que está sucediendo con la adicción como fenómeno generalizado de la época actual. Estaría enteramente de acuerdo en decir, con G. Wajcman, que nos hallamos, con el cine, en tanto que arte del siglo, ante un objeto que piensa: “objeto que piensa en lo visible” que permitiría entonces “mirar”, dice él, el mundo de hoy. Cf. Gérard Wajcman, *El objeto del siglo*, Amorrortu, Buenos Aires 2001, particularmente el primer capítulo “[Después de las ruinas]”.

Se trata, en cambio, de un intento del sujeto por advenir como tal por vía de la marca, asunto que hemos venido sospechando con la recurrencia al tatuaje y al *piercing* y hasta con las recientes instalaciones en las que, por ejemplo, un *hombre-pieza de carne* debidamente colgado de ganchos de carnicería y a su vez suspendido de un helicóptero atraviesa los aires, o en *performances* donde el artista se somete a lo que los visitantes de la exposición quieran hacer en su cuerpo con los instrumentos puestos a disposición; ¡hasta dispararle o llevarlo a dispararse con un revólver para matarlo!³ La marca en cuestión, otrora marca del Otro, la de la violencia instituyente, está ahora en manos de cada cual.

¿Por qué esa necesidad expresada de infligirse la marca, el agujero o, cuando más, de acudir a que se la (o lo) practiquen por fuera de los ritos que, en los grupos culturales donde son de rigor, introducen una instancia, o un estado también, que sobrepasa a los presentes y que participa en la elaboración de dichos agujeros o marcas en el cuerpo? En esos marcos culturales se puede suponer que se introduce allí la presencia de un tercero, divinidad que es la que realmente marca o perfora, o a nombre de quien se inscribe allí una escritura de borde que delimita el agujero; pero el intermediario que ofrece sus servicios en el local de la esquina o del centro comercial no es médium ni sacerdote, no puede alcanzar más que el papel de otro igual, provisionado del saber-hacer técnico con que se inviste.

Lo que viene a resultar más claro ahora concierne en este sentido a dos aspectos:

- Que hay intentos de organización de un nuevo borde pulsional y no solamente de una marca; en otras palabras: que esa marca debe evolucionar en agujero.
- Que hay un dolor asociado a esas manifestaciones, por cuanto conciernen a la violencia ineludible de la constitución de todo agujero, pero que en todas ellas hay fracaso, y al mismo tiempo, sin embargo, un cierto nivel de organización a otro nivel, nivel de club de un grupo de iguales⁴.

Si tal es la situación, forzosamente hay que preguntarse ahora por qué ese movimiento hacia una reorganización corporal, es decir, hacia la fragua de un nuevo agujero, de un nuevo vacío concomitante con el carácter parcial de la pulsión. Una organización pulsional supone un agujero al que le corresponde un objeto perdido, y, en otra escala, el objeto u objetos que lo positivan para efectos de goce. Si el objeto está, se apunta a gozar; si no está, eventualmente se podría llegar a articular algo del deseo, pero no necesariamente, pues dependerá aún del tipo de falta en juego.

Y, por otra parte, un nuevo agujero pulsional, si lo es de verdad, supone la aparición de una nueva modalidad de enganche con los demás por los caminos de la



3 Es *Rhythm 0*, performance de Marina Abramovic presentado sólo una vez en Nápoles en 1974.

4 Es lo que sucede, a cierto nivel, en *Fight club*, la película de David Fincher (1999). Muchos iguales que se agarran a golpes buscando así constituirse en la eventualidad de un nombre.

demanda ($\$D$); lo cual lleva a pensar que puede tratarse del intento de realización de un antiguo sueño: el de la creación de nuevas maneras de entablar y sostener lazos filiales, parentales o de amor. Si por vía de la demanda se busca esa nueva manera de establecer el lazo con los demás, entonces ha de ser posible constatar, palpando las huellas, las cicatrices de marcas en el cuerpo, si hay en efecto un nuevo agujero cuando menos, que sea receptáculo estructural de un goce-borde.

Está claro que se alude con esto al “iconsume!” como propuesta de tratamiento del malestar en la cultura, por vía de la demanda y disfrute del objeto accesible en el mercado. Es comprensible que se vean convocados a ello todos los agujeros pulsionales. Más allá, se trata de saber en qué sentido puede esto apelar también al surgimiento de uno nuevo e inédito.

En este nivel hay ya un primer réquiem: réquiem por un sujeto del deseo, réquiem por aquello que escape a la demanda en otra lógica, valga decir, por una manera diferente de organización de la relación fundante que ha llevado al psicoanálisis a decir que no hay sujeto sin Otro. Es ahí donde se inserta una marca en el cuerpo. Tiene que haber marca en el cuerpo, de ese eventual nuevo enganche del sujeto con el Otro; que si la llegara a haber, que si pudiera aparecer, entonces sí que podríamos hablar de una nueva perversión, es decir, de la aparición de una nueva forma de gozar, pero también y sobre todo de una nueva forma de hacer síntoma.

No hay sin embargo síntoma, porque no hay manera de hacer síntoma sino con *una* pulsión, y aquí ninguna de las pulsiones ya establecidas puede dar cuenta plenamente de lo que está sucediendo como efecto del despliegue del “iGoza!” en el mercado del “iconsume!”

Este “igoza!” es un “igoza sin límites!” Se confunden todas las afugias pulsionales, orales, anales, escópicas, invocantes, todos los pedidos del Otro se barajan y se combinan, pues cuando se dice que un goce es oral, por ejemplo, se podría decir que no es anal, que habría un límite, pero eso sería, desde el punto de vista del goce, una limitante; ya no basta, por ejemplo, con escuchar una canción, hay que verla, es muy limitante la música sin el vídeo; el cine, en tanto arte, se desarrolla para subvertir las dos pulsiones que se catapultan con los desarrollos técnicos que permiten desde el siglo XIX enlazar la voz y la mirada; grabar la voz en un elepé, conservar el recuerdo de la imagen en un daguerrotipo, en una foto, confluirán por invitación todas las pulsiones, pues ya resulta, por ejemplo, altamente insatisfactorio ver-oír una película sin algo que llevarse a la boca.

En la invitación a gozar hay una equivalencia de todas las pulsiones: vale tanto una como otra cuando se trata de gozar, donde el patrón es el goce del Otro, el *show*, el espectáculo. El “igoza!” en sí mismo no es nuevo, pues hace parte del fantasma y

de la elección que conlleva, pero el “igoza!” de la actualidad es un “igoza sin límites!” y como no hay, en el fondo, nada que le haga más barrera al goce sin límite que la elección de goce (porque lo parcializa), justamente lo que no encontramos aquí es ya elección de síntoma alguno.

No hay fantasma sin libreto, el cual se edifica cada vez contando con elecciones pulsionales; de tal manera es que busca suturar lo imposible del goce; por supuesto, el fantasma apunta al goce total, pero justamente su puesta en escena contiene el germen de fracaso inherente a su intento porque, como ya se dijo, hay una *elección* que concierne a la vertiente pulsional.

Un “igoza!” que convoca entonces a no poner límites de tipo pulsional. Más allá del límite, de los límites de ley, de los límites que asociamos a la función paterna –que habíamos pensado que era necesario ir tumbando para hacer posible el “igoza!” en la contemporaneidad–, más allá está también este límite al “igoza!” que es el del carácter parcial de la pulsión. Y lo que quiere mostrarnos *Réquiem* es que hay evidencias que señalan que este límite de la parcialidad (en la medida en que se erige, por su misma parcialidad, en algo que objeta un goce sin límites) se ha resuelto a través de un “igoza sin límites fantasmáticos!”, haciendo entre todos una equivalencia que permita pasar de unas a otras. Es lo que nos muestra la película: ¿cómo hacer equivalentes los goces en esa desbocada y ascendente carrera del goce oral, anal, fálico, escópico, invocante, cómo hacerlos equivalentes sino en la aspiración de goce del Otro?

Tal vez ahora tenemos razones para temer que, en esa equivalencia pulsional promovida por el “igoza sin límites!”, el sujeto ya ni siquiera pueda acudir al fantasma para organizar su propia idea de goce, menos aún entonces organizar un síntoma en el que pudiera cristalizarse ese fantasma.

Volvamos entonces a *Réquiem*. Es sorprendente que la película no plantee la idea de un goce narcisista producto de la toxicomanía. Desarrolla en cambio la idea de que los lazos filiales, fraternos y de pareja parecen en un primer momento promovidos y facilitados por la mediación de la droga, del “objeto-tóxico”⁵ (Sara tiene amigas y es importante entre ellas, Harry y Marion no solamente pueden decirse *te amo* y considerar las palabras de cada cual como especiales, sino también soñar proyectos y avanzar por los caminos de su realización; Harry y Ty fortalecen una amistad que no solamente se asienta en la confianza mutua y la solidaridad en momentos difíciles sino también en proyectos de empresa que corresponden al sueño de realización masculina típica), y la pregunta que se plantea en cambio es: sobre la base de esos sueños edificados a partir de su mediación ¿qué sucede entonces si lo retiramos, qué sucede si retiramos el *tóxico* del mercado?⁶

- 5 Aquí entre comillas para señalar cuán justamente subraya Sylvie Le Poulichet la ligereza con que los psicoanalistas se permiten hablar de objeto-droga cuando se refieren al tóxico, como forjando con ello una nueva relación sujeto-objeto antes de contar con todos los elementos que permitan emitir tal juicio. Cf. su libro *Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo*, Amorrortu, Buenos Aires 2005. Hay sin embargo más de una manera de hablar del objeto en psicoanálisis.
- 6 Ocuparse seriamente de esta pregunta es la gran particularidad de *Réquiem por un sueño*, pues no es ni la única película, ni la primera, que exhibe un agujero de conectividad, pero sí la que lo erige a partir de la falta de un objeto-tóxico y se pregunta por su destino. En *eXistenZ*, escrita y dirigida por David Cronenberg (1999), la pregunta por el origen de dicho agujero, allí llamado bio-puerto, no se plantea. Un nuevo agujero pulsional ocasiona una nueva realidad, realidad inédita y desorientadora que no deja de estar enteramente inmersa en la concomitante erotización del cuerpo; prueba de esto último es, de entrada, que la clasificación de la película, al menos en su versión para los países hispanos, sea “no apta para menores de 18 años”! La película no presenta ni una sola escena que, según los parámetros actuales, pueda ser condenable al presentarla a muchachos de 12 años. Lo que lleva a erigir la prohibición es, definitivamente, el atreverse a mostrar el agujero con desparpajo, el objeto que hace conexión, las emociones, el dolor y el goce concomitantes.

7 Y correlativamente, entonces, la conformación de la serie de los objetos que se ordenarían uno tras otro a partir de un objeto que pudiera llegar a constituirse como objeto perdido por y para siempre. En cuyo caso adquiriría su estatuto de objeto de pleno derecho.

8 –“¿Cuál es la vena que va de la boca al ano?” –“La avena *Quaker*”. Chiste que celebra la estructura en agujero del cuerpo, que sin embargo no reconocemos como tal: es el objeto el que le entrega su verdad.

9 Jacques Lacan, *El seminario, Libro 4, La relación de objeto*, Paidós, Barcelona 1992, p. 62.

10 El dolor acompaña en la película el nacimiento del agujero; es un nacimiento con dolor. El goce es asociado con dolor por cuanto el goce es exceso, es acumulación; ese es otro punto que queda al descubierto en estas escenas: que hay un correlato de dolor que acompaña a la acumulación, en oposición al placer que Freud define en términos de mínima excitación y en justa consonancia con su fracaso.

11 Las tres formas de la falta, según la elaboración de Jacques Lacan en su seminario sobre la relación de objeto:

AGENTE	FALTA	OBJETO
Padre real	CASTRACIÓN Deuda simbólica	FALO imaginario
Madre simbólica	FRUSTRACIÓN Daño imaginario	PECHO real
Padre imaginario	PRIVACIÓN Agujero real	FALO simbólico

Respuesta: el intento de construcción de un borde pulsional, de algo que haga borde y entonces posibilidad para un enganche con el otro⁷; con el corolario, por supuesto, ya señalado de una desintegración, de una degradación que avanza sin que nada la pueda detener, darle marco, ningún síntoma ni nada; un réquiem por ese sueño de construir algo nuevo a nivel de la relación con los otros.

Se diría que la película intenta situarnos ante una especie de teoría mítica de los orígenes de la pulsión, para mostrarnos los caminos por los que justamente no es posible desembocar en la construcción de una topología de borde, o en una construcción de un cuerpo como aquello que está atravesado por agujeros⁸.

En consonancia con ese intento de construcción de un borde ¿qué estatuto darle a la heroína? Ciertamente podría pensarse, en un primer momento solamente, que se trata de un objeto imaginario, valga decir, del falo como objeto imaginario, puesto que hemos dicho que es un objeto que funciona en *Réquiem* haciendo posible lo que sin embargo falta como tal, y a falta del cual, otros objetos vienen a tomar su lugar para –como lo resume Lacan en el capítulo sobre la dialéctica de la frustración del seminario *La relación de objeto*– “hacer lo que se puede”; hacer lo que se puede para alcanzar un objetivo que es lograr cierta paz, cierto apaciguamiento⁹. Se hace lo que se puede con los objetos imaginarios para paliar el dolor que emerge continuamente del fondo de inadecuación entre la tendencia y el objeto¹⁰.

Sin embargo, la película busca descorrer un velo: el que adormece al insinuar que los objetos del mercado serían imaginarios. Si lo fueran, nada mejor habría para hacer andar una lógica de la castración, pero aquí se muestra que el objeto es real; me refiero al objeto propuesto por el discurso del consumo. En este punto se requiere romper con la idea de que la película trata sobre toxicomanías como punto aparte de la serie de los objetos; trata en cambio de la toxicomanía inherente a la serie de los objetos de consumo. Si es así, estamos entonces ante objetos reales, tal como lo han señalado varios autores, objetos introducidos en lo real por la técnica, que obturan en algún sentido la posibilidad del deseo. En ese punto es donde vienen a ser reales y no imaginarios, y en tanto reales, más propicios para entrar en una lógica de la frustración, produciendo un daño imaginario¹¹.

Sin embargo, lo que vemos producirse además es un agujero real y bien real, al parecer! que supondría, a nivel de la privación, un objeto simbólico; un objeto entonces definido por su relación diferencial con otros objetos. En efecto, lo que vemos es la tendencia a la aparición de un agujero real, que si se instalara en su funcionamiento pulsional, organizaría entonces el piso de privación sobre el cual pueden funcionar verdaderamente tanto la castración como la frustración.

Antes bien, nos enfrentamos a la imposibilidad de constitución de un sólido piso pulsional, que tal vez justifique que se hable en estos casos en términos de *pseudo*. Son pseudo porque organizan en todo caso un goce pero sin pasar por el obligado circuito por el Otro para su constitución. Esa especie de goce es aquí el dolor que acompaña desde su emergencia la paulatina aparición del agujero real y que se cancela con el tóxico, las pepas de Sara, la inyección de heroína en los demás, que nosotros llamamos indistintamente “la droga”. En tanto tóxico cancela el dolor y da lugar, no a una fantasía sino a algo más alucinatorio que fantasmático¹².

Queda sin embargo algo más, asunto que concierne a los psicoanalistas pensar: ese grito ahogado de Marion en la tina o el pedido de ayuda de Ty en la cárcel ante el dolor de su amigo Harry y el suyo propio. “¡Que alguien carajos nos ayude, por favor!”¹³, escena que no deja de venir acompañada de una estrepitosa distorsión que es capaz de afectar sobre todo a la película misma, el rollo supuesto real de la película, como si su grito de auxilio alcanzara a distorsionar otro orden de realidad, a hacerse oír en ese otro orden¹⁴. ¿Entonces por qué no escucharlo como dirigido a los psicoanalistas, que son los que ahora se preguntan por su supervivencia, los que se preguntan si aún su aparataje para escuchar la queja del sujeto tiene algún chance de seguir siendo operante ante lo que se presenta como goce de la contemporaneidad?

Se trata de asumir esa demanda, no necesariamente proveniente de un síntoma plenamente constituido, puesto que ya vimos lo que impide llamarlo síntoma *stricto sensu*¹⁵ y sin embargo ¿no es acaso signo, manifestación o síntoma en un sentido lato, de lo que está sucediendo en el vínculo social, el que haya unos que, ante la propuesta de consumo de objetos puestos siempre a disposición de la más inmediata demanda, que haya unos que se aferren tercamente a uno y sólo un objeto?

La economía de mercado puede ser considerada como una de las muchas propuestas que se han formulado a lo largo de la historia para tratar *el dolor de existir*¹⁶, propuesta que consiste en buscar una salida del lado del goce de los objetos. Como toda propuesta, requiere de los medios que la hagan viable, medios que le han sido abundante y suficientemente propinados por la técnica. El implícito es el ofrecimiento de un objeto que no solamente sea imaginario, sino real, y que, como tal pueda llegar a ser *el* objeto. Con todo, la lógica del mercado supone el continuo deslizamiento por una serie de objetos metonímicamente definidos como objetos de prueba en busca del que sí es. Si esto es verdad ¿no es acaso la toxicomanía la realización del ideal implícito, el *sumum* de una refinación del objeto como objeto de una eventual pulsión totalizante a la que le estaría apuntando la lógica del goce de los objetos? ¿Y no ocupa el toxicómano el lugar donde se realiza el espeluznante triunfo de dicha propuesta, pero en donde el sujeto se aferra al consumo de un solo objeto como último recurso

12 Al parecer, Freud compara siempre el dolor corporal con una pulsión, en el sentido de una excitación constante que, al estar circunscrita a una parte específica del cuerpo, estaría enviando al aparato anímico excitaciones continuas que podrían ser comparadas con las que también le vienen desde el interior del aparato psíquico, en el caso de las pulsiones, lo cual lleva a Nasio a considerar el dolor, el dolor corporal, como una pseudo-pulsión. Cf. Juan David Nasio, *El libro del dolor y del amor*, Gedisa, Barcelona 1988, p. 222.

13 “Help us! / Somebody fuckin’ help us, please!”

14 Lo que perdura y se ahonda al retirar el objeto real es el dolor; es casi lo único que queda, pero es un dolor que mostrará ser psíquico más allá del cercenamiento del brazo, cercenamiento del engendro.

15 No hay además en ello posibilidades de hablar de un cifrado significativo, menos aún de una formación producto de una represión.

16 La existencia es dolor, y adentrarse en el tratamiento del dolor obliga a dejar la economía psíquica para adentrarse en otra economía regulada más por el signo, dice Charles Melman en su “Évaluation de l’action des drogues”, en *Le Trimestre Psychanalytique*, publicación de la Association Freudienne Internationale, No. 2, Paris 1997, p. 162.

ante la pavorosa posibilidad de caer en una confusión pulsional del *todo goce* en donde perdería su existencia?

El ideal del mercado solamente podría realizarse en la síntesis de los goces en un solo goce *total*, ya no parcial, pues *la suma de los goces no totaliza*¹⁷. Por eso, un nuevo agujero no es, en el espíritu de la época, una nueva forma parcial de gozar sino la búsqueda de concreción de una pulsión total: réquiem, entonces¹⁸.

En cualquier caso, hemos de confirmar que la toxicomanía no es asunto de unos cuantos drogadictos que no encajan, sino que concierne a la economía de mercado en su conjunto, por cuanto los objetos, como ya se dijo, encierran un punto de real irreductible; en cuanto tal, muestra el lugar donde fracasa la propuesta: réquiem, entonces.

Esta sería la manera como el psicoanalista podría llegar a escuchar a quien se acercara a su consultorio con una queja formulada en esta nueva constelación discursiva: sin reducir apresuradamente a los acostumbrados caminos pulsionales las articulaciones a primera vista objetales que se le presentan (considerándolas entonces más que nada como un prejuicio) para, antes bien, mantenerse en el filo de lo no organizado como síntoma, de lo no organizado en el fantasma, para tal vez ofrecerle a quien se atreviera a hablar la posibilidad de hacerse a un síntoma y organizar un borde primeramente para un goce que continuamente amenazaría con desbordarlo, con imponérsele más allá de toda pseudo-limitación a la que él mismo quiera recurrir.

La discusión sobre el síntoma, es decir sobre si es síntoma o si no lo es, puede resultar siendo fútil si no se recuerda que lo que hace al síntoma es el enganche con un Otro, y que ese enganche es el de la demanda, y que en este caso, será el psicoanalista quien, al permitirse escuchar en ese sufrimiento también un pedido, tendrá que cargar con el síntoma durante el tiempo necesario para que el sujeto mismo lo organice en la transferencia.

REFERENCIAS

17 Con las elaboraciones que aquí avanzo, creo intentar un pequeño paso más respecto al muy reciente libro de Dany-Robert Dufour sobre los mandamientos del divino mercado, particularmente respecto al último: “¡Liberarás tus pulsiones y tenderás a un goce sin límites! Cf. Dany-Robert Dufour, *Le divin marché*, Denoël, Paris, 2007, particularmente el capítulo 10: « Le rapport à l'inconscient : tu libérerás tes pulsions et tu chercheras une jouissance sans limites ! », ps. 298-326.

18 Réquiem que recuerda otro en que Lacan insistía obstinada pero certeramente cuando denunciaba el ideal de la pretendida *maduración genital*, que supondría la superación de las pulsiones parciales: “[...] confluencia de una copulación (“lograda”, se agrega, ¿pero qué significa esto?) con esos elementos a los que se llama “ternura”, reconocimiento del objeto”. ¿De qué objeto?”. Cf. Jacques Lacan, *La logique du fantasme*, séminaire 1966-1967, Editions de l'Association Lacanienne Internationale (publicación no comercial), Paris, 2004, p. 230. La traducción es mía. ¿La denuncia estaría sacando a la luz, desde las desviaciones del psicoanálisis, la convivencia de los psicoanalistas con la economía liberal?

DUFOUR, DANY-ROBERT, *Le divin marché*, Denoël, Paris 2007.

LACAN, JACQUES, *El seminario, Libro 4, La relación de objeto*, Editorial Paidós, Barcelona 1992.

LACAN, JACQUES, *La logique du fantasme*, séminaire 1966-1967, Éditions de l'Association Lacanienne Internationale (publicación no comercial), Paris 2004.

LE POULICHET, SYLVIE, *Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo*, Amorrortu Editores, Buenos Aires 2005.

MELMAN, CHARLES, “Évaluation de l'action des drogues”, en *Le Trimestre Psychanalytique*, publicación de la Association Freudienne Internationale, No. 2, Paris 1997.

NASIO, JUAN DAVID, *El libro del dolor y del amor*, Gedisa, Barcelona 1988.

WAJCMAN, GÉRARD, *El objeto del siglo*, Amorrortu Editores, Buenos Aires 2001.